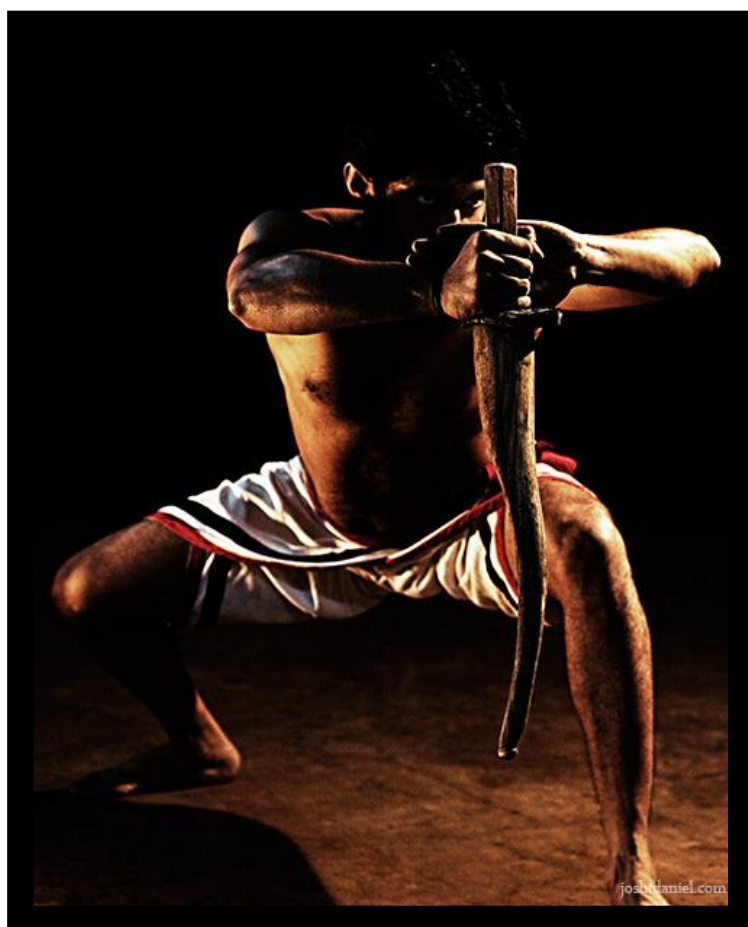


Kalarippayattu y Kathakali en Kerala



Pedro Martín González

En el verano de mil novecientos noventa y dos, después de recorrer India del Sur durante algunos meses, llegué por primera vez a Kerala.

Antes de hacerlo había conocido a Svetoslav Roerich en Bangalore; meditado en las grutas de la Montaña Roja de Arunachala, donde, aislado de todo y de todos, viviera durante años aquel santo que fuera Ramana Maharshi. En la Sociedad Teosófica de Madrás caminé bajo las arboledas donde tantas veces lo hiciera el gran Jiddu Krishnamurti, congregando a multitud de seguidores dispuestos a escuchar su verbo fluido y aprender de su mente clarividente.

Más tarde, en Pondicherry, frente al azul del océano, seguí el rastro de Aurobindo y la Madre, pudiendo, en el gran mandir de aquella utopía hecha realidad que es Auroville, asistir a más de una ceremonia en su honor.

Madurai, la antigua capital del viejo reino medieval de Tamil, me había recibido engalanada y su inmenso templo rebosaba de vida cada jornada; en su interior se sucedían las ceremonias que, oficiadas por los brahmines, copaban todas las horas del día y de la noche, haciéndose especialmente multitudinarias y vistosas al atardecer.

Más al sur, en la pequeña aldea de Kulitalai, tuve la inmensa fortuna de estar junto al padre Bede Griffit, un dominico inglés que reunía, en un sincretismo ejemplar y alejado de la oficialidad de Roma, tres dogmas de fe en el ejercicio de un solo credo.

Acompañado por los libros de Vivekananda, y ya con el sol y su luz en la frente, llegué a Kanya Kumari, para honrar, también yo, su alargada memoria.

Así lo hice, sentándome frente al mausoleo erigido en su honor, donde me quedé varado frente a aquella roca sagrada, rodeada y abrazada por el océano Índico, azotada constantemente por fuertes mareas y vientos imposibles pero, no obstante, erguida y orgullosa por ser la firme y segura guardiana de la revelación espiritual del maestro. En su interior, el momento de la meditación me reconfortaba, haciéndome partícipe de la grandeza de aquel hombre increíble a quien, allí, en aquel apartado lugar próximo, casi, al fin de la Tierra, se rendía tributo de manera solemne.

El recuerdo final de Cabo Camorín aún permanecía muy vivo dentro de mí, pues viajar a través de la geografía de Tamil Nadu había sido una experiencia apasionante. Sí. Tamil, uno de los baluartes más importantes de los Pueblos Drávidas de la India, quedaba definitivamente atrás, y yo mantenía la esperanza, siempre presente, de volver a pisar el polvo de sus caminos en ocasiones venideras.

Esas nuevas oportunidades llegarían, pero habría de ser pasados unos años pues, a partir de aquel momento, quería concentrar mis energías en conocer el Estado de Kerala y la costa de Malabar, situada en el extremo suroccidental del subcontinente indio.

Trivandrum, una de las capitales del Estado de Kerala situada más al sur, había estado en mi memoria desde mis comienzos en el Budô.

En efecto, habían pasado muchos años pero, transcurrido el tiempo, aún recordaba haber leído en algunas publicaciones francesas distintos artículos relacionados con las Artes Marciales de India, y todos los articulistas situaban allí, en Tiruvananthapuram, varias

escuelas en las que aún continuaba estudiándose una de las formas de lucha más antiguas que puedan encontrarse en nuestros días: el Kalarippayattu.

Así es, el Arte Marcial de Kerala pasa por ser, si no la primera, una de las primeras formas de lucha concebidas y sistematizadas por el hombre y su práctica permanece vigente en nuestros días en ciudades, pueblos y aldeas de aquel Estado meridional. Su más que alargada historia podría remontarse dos mil años atrás en el tiempo.

Antes de partir había contactado con Philip Zarilli, profesor de teatro, danza y Kalarippayattu. Philip, con residencia en Londres, pero nacido en Madison, EEUU, había tenido la amabilidad de remitirme las direcciones de un buen número de Escuelas de Kalarippayattu diseminadas de norte a sur por todo el Estado de Kerala. Seleccioné una de ellas en Trissur, a unos cien kilómetros al norte de Cochin (Kochi) por ser uno de los centros en los que el propio Philip habría estudiado el Arte de Kerala, y hacia allí me dirigí, con la firme intención de encontrarme con el Profesor Higgins, principal Gurukkal y verdadera alma mater del P.B. Kalari Shangam.

Dejé Trivandrum y subí a Cochín, desde donde navegué a través de los canales que surcan la costa de Malabar para detenerme en el hogar de Amritananda, una mujer cargada de emotividad, afecto y compasión que entonces comenzaba a ser conocida fuera de las fronteras de India y hoy tiene seguidores en todos los países del mundo. Después de una semana junto a ella continué viaje hacia el norte para llegar finalmente a mi destino. Habían transcurrido diez o quince días desde que dejara la ciudad de Kochin.

En aquellos años en los que visité por primera vez Kerala aún era tarea difícil obtener la confianza de un maestro y entrar a formar parte de una Escuela de Kalarippayattu. La selección de los alumnos correspondía en exclusiva al Gurukkal y, al igual que ocurre en otras tradiciones de China, Okinawa o Japón, la aceptación continuaba siendo rigurosa. En efecto, las puertas de la enseñanza no estaban abiertas sin que antes el aspirante a discípulo hubiera mantenido una entrevista con el maestro en ejercicio y, una vez aprobada su solicitud de admisión, fuera aceptado definitivamente por aquel, siendo sólo entonces cuando sería conducido al interior del Kalari (lugar donde se enseña Kalarippayattu) para comenzar su instrucción en el arte como miembro de pleno derecho.

Fue gracias al señor Chumar Choondal, antropólogo, escritor de renombre, profesor universitario y secretario de la Academia de Folklore de Kerala, que pude conocer al profesor Higgins, quien en aquel tiempo era la tercera generación de maestros de Kalarippayattu que dirigía su propia Escuela, un Kalari que había heredado de su padre y abuelo.

Afortunadamente para mí, la intercesión del Profesor Chumar Choondal fue determinante para conseguir mis objetivos. Obtuve la aprobación del maestro y de esa manera pude asistir a sus clases como observador, realizarle una entrevista y organizar lo necesario para filmar en vídeo una demostración muy completa del contenido curricular de esta forma de Arte.

Fue así como como tomé contacto por primera vez con un verdadero Kalari, una escuela de Kalarippayattu dirigida por un verdadero Gurukal del antiguo arte de los Ksatriya (casta guerrera).

Sí. P.S. Higgins, nacido en Trissur, el 4 de Diciembre de 1933, de tradición y educación tradición cristiana, había comenzado a estudiar el arte del Kalarippayattu con su padre (Samuel) y su abuelo (Jacob). El estilo de Kalarippayattu que enseñaba este Gurukkal se denominaba Kshathavidhi Bhakavadha Mura, un estilo que había surgido de otro aún más antiguo llamado: Prachina Bharata Kalari Shangam.

Los meses previos a mi viaje me había documentado convenientemente leyendo los libros del Profesor Choomar. En sus ensayos sobre el folklore cristiano de Kerala, el teatro Kathakali y la historia de Malabar, había podido constatar la interrelación que sostienen las danzas guerreras, las distintas formas de teatro tradicional y las Artes Marciales Tradicionales del Estado de Kerala. Eran, todas esas manifestaciones artísticas, un todo perfectamente incorporado a la rica cultura de la costa de Malabar.

Así es. Danzas tales como: Teyyam, Chavittunatakam, Poorakkali, Ivarkali, Margankali, Sangakkali o Patayani; juegos populares como: Talppandu, Ochirakali, Kondoti o Velakali; formas de teatro como: Kathakali o Kuttiyatam; artes marciales tales como: Kalarippayattu, Onathulu o Kayyamkali; baladas sociales o históricas, así como numerosas fuentes literarias cristianas, judías o musulmanas, poseen un sustrato común que reúne colorido, vistosidad, épica, drama y ritual.

En su ensayo titulado “*Towards Performances*” el profesor Choomar dedica todo un capítulo a las tribus de Kerala, destacando en su estudio más de una treintena de grupos étnicos distribuidos por todo el territorio del Estado. Cada uno de estos grupos humanos tiene en su haber un abundante folklore tradicional en el cual se encuentran muchas de las formas artísticas nombradas –baladas, danzas, teatros, juegos- que sintonizan, una vez más, con las artes marciales de Malabar.

Para llegar al fondo de las artes marciales de Kerala es necesario detenerse y analizar su historia. Creo que teniendo una perspectiva general de los hechos acaecidos podremos estructurar la epopeya de formas de arte como el Kalarippayattu: su arte marcial más emblemático.

A mi modo de ver, algunos de los pilares que habría que delimitar para comprender más y mejor esas formas de arte son los siguientes:

- Origen de los Pueblos Drávidas: Este punto de estudio es muy interesante pues el Kalarippayattu se origina en territorio drávida, al igual que una gran cantidad de Artes Marciales del Subcontinente indio (en Tamil, Karnataka y Andra Pradesh). La historia de los pueblos dravídicos continúa siendo una incógnita a día de hoy. Existen diferentes hipótesis, la más aplaudida sitúa su origen más remoto en África.

- Invasiones Indoeuropeas: Es una hipótesis admitida que estas invasiones comenzaron en el V milenio a. C., y llegaron al subcontinente indio antes del II milenio a. C. Algunos lingüistas sostienen que las culturas originales del Valle del Indo –Mohenjo Daro y Harappa, del III milenio a. C.- podrían haber sido indoeuropeas, pero esta teoría no está admitida del todo.

- Las fuentes escritas del Mahabarata y Ramayana, inmensas epopeyas que ofrecen numerosas fuentes de información acerca de distintas formas de lucha, con o sin armas, que ensalzan en sus cantos y poemas los valores humanos más elevados, como la nobleza o la amistad, teniendo como conductores a figuras tan relevantes como Arjuna o Bhaga.

- Las primeras relaciones comerciales con griegos, romanos y árabes.

- Las guerras de Chelas y Cholas.

- La casta guerrera de los ksatriyas, primeros exponentes de las Artes Marciales de Kerala.

- La colonización de Portugal, iniciada a finales del siglo XV, y los hechos de hombres tan determinantes como Vasco de Gama o Alburquerque.

-Las religiones establecidas en Kerala y su relación con la cultura, especialmente con las Artes Marciales de Malabar. Cada una de las religiones arraigadas en Kerala –Judaísmo, Hinduismo, Islam- han conformado sus propias escuelas de Kalarippayattu.

Todas las formas de arte son hijas del paisaje que las ha acogido, protegido, inspirado y dado impulso vital. Los artistas, arropados por su paisaje, han conformado a través de él una manera de ver el mundo y sus gentes, manifestándose todo ello en su espíritu creativo.

El paisaje de Kerala, abierto al Océano, multicultural, diverso y plural, poblado por numerosos grupos humanos que aún hoy conservan sus tradiciones, ha aportado al mundo un concepto de Arte Marcial muy acorde con su entorno, un contexto en el que se han fundido, como si de un solo arte se tratara, unas expresiones artísticas que van desde el teatro, a la danza, desde el juego popular a las baladas, desde los cuentos tradicionales a los ejercicios de mimetismo animal.

El Kalarippayattu, una forma de lucha con más de dos mil años de antigüedad es una verdadera reliquia cultural cuyo estudio puede hacernos comprender más y mejor las razones por las cuales se conformaron y sistematizaron las diferentes Artes Marciales a lo largo de toda la geografía de Asia.

Kenshinkan dôjô 2017